

## EL EXILIO PERMANENTE

INMACULADA CORDERO OLIVERO  
*Universidad de Huelva*

.. y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser exiliado. Puede volver, pero una nostalgia y nueva idealización se apoderan de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar del pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con que soñó tantos años<sup>1</sup>.

Es un exiliado español de la guerra civil quien se expresa de esta manera en sus memorias, pero bien podría ser un cubano exiliado del régimen castrista o un refugiado Bosnio residente hoy en cualquier país europeo. Y es que, aunque ciertos matices derivados de las condiciones de partida de su tierra de origen, de la duración del destierro y de la evolución interna de su país mientras el exiliado esta fuera, marquen la diferencia entre un exilio y otro, el impacto del destierro en la mente del que se marcha es el mismo. La forma en que se desenvuelve en la tierra que le acoge, los mecanismos de socialización son idénticos y, sin duda, la relación que establece con

---

<sup>1</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones*, México: Grijalbo, 1990, p. 37-38.

la tierra de la que partió también lo es; la nostalgia, el sentimiento de ruptura vital, el desarraigo, son comunes. En las páginas que siguen pretendemos reflexionar, a través del estudio de un ejemplo concreto, el del exilio español de 1939, sobre la actitud del exiliado una vez que, desde el punto de vista político, la condición que lo produjo toca a su fin. Ese momento en que el desterrado ha de enfrentarse a lo que constituye un nuevo dilema: la vuelta a su tierra. Los sentimientos que ello provoca son parecidos en cualquiera de los casos. El regreso es difícil, y esa dificultad es directamente proporcional al tiempo transcurrido y, sobre todo, a los cambios ocurridos en el país de origen mientras el exiliado está fuera. En algunos casos, el retorno es casi imposible y el exiliado termina sintiéndose extraño en su país de origen y en su país de adopción. En cierta medida, el desterrado termina siendo un desarraigado y si bien para una parte del exilio, el intelectual fundamentalmente, esa sensación de «no pertenencia» puede servir para ampliar su horizonte personal hasta superar la necesidad de formar parte de algún lugar y considerarse «ciudadano del mundo», como muchos de quienes protagonizaron el exilio que vamos a analizar, los más no consiguen recuperarse psíquicamente de su destierro. Con el examen de este caso concreto, para cuyo estudio existen abundantes fuentes por tratarse de un exilio de alta calidad intelectual que tuvo a la suerte de, en su mayoría, conseguir un status socioprofesional medio alto en el país de acogida, pretendemos tomar conciencia de uno de los más graves problemas que hoy tiene planteado nuestro planeta, el de los refugiados, un problema económico, político pero también, y sobre todo, un problema humano.

## I. ¿VOLVER A ESPAÑA?

El caso concreto del que nos vamos a ocupar es el del exilio español de 1939 en México<sup>2</sup>. La política remigratoria de Franco se inició con el decreto de amnistía de 1945. Fueron, sin embargo, muy

---

<sup>2</sup> Sobre el exilio español en México, su historia, sus aportaciones a aquel país, su integración en el mismo, podrían consultarse dos obras ya clásicas: los seis tomos dirigidos por José Luis Abellán, *El exilio Español de 1939*, Barcelona: Taurus, 1976 y los de Javier Rubio, *La emigración de la guerra civil 1936-39*, Madrid: San Martín, 1977. Dedicadas por completo al grupo de exilados que llegaron a México podríamos destacar la obra de Patricia Fagen, *Transferrados y ciudadanos*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975; la de Ascensión de León Portilla, *España desde México, vida y testimonio de los Transferrados*, México: UNAM, 1978 y el libro homenaje al exilio mexicano, *El exilio español en México 1939-82*, México: FCE, 1983

pocos los exiliados que decidieron regresar a España. Aún existía la esperanza se que el final de la Guerra Mundial precipitase la caída de Franco y los republicanos pudiesen volver triunfalmente. Algunos de los menos politizados optaron por regresar en estos primeros años. No obstante, no se produjeron retornos desde México, sí desde Francia. Era lógico si tenemos en cuenta que a México fueron, en su mayoría, aquellos republicanos más activos, los que corrían peligro en Francia, para quienes la vuelta era impensable. Por otra parte, a los exiliados poco comprometidos que llegaron a México, la adaptación al medio les prometía una situación económica muy superior a la de la España de la postguerra.

Habría que esperar a 1954 para que se produjesen los primeros viajes de exiliados mexicanos a España. Un decreto de 6 de octubre del mismo año les permitía la entrada y salida del país, con pasaporte obtenido en los consulados españoles en los países de residencia, cuya adquisición iba acompañada de una investigación de las solicitudes. El carácter mayoritariamente politizado de los exiliados en aquel país volvió a reducir el número de demandantes. Por otra parte, desde las filas del exilio se levantó una amplia campaña contra la vuelta temporal a España. La petición de un pasaporte en los consulados franquistas era considerada por la colonia exiliada como un reconocimiento indirecto del Régimen.

Un nuevo decreto publicado en 1959 intentó dar un paso adelante en la recuperación del exilio. Este implantaba la edad mínima para considerar exiliados a los que se fueron en los seis años. Se permitía además, la entrada del exiliado con el pasaporte de su nueva nacionalidad. Se eliminaba el límite de treinta días de visita y se reducían al mínimo el número de solicitudes de entrada denegadas.

A lo largo de los años sesenta, varias disposiciones fueron poniendo fin al exilio desde el punto de vista jurídico. Un decreto de 1961 daba seis meses para acogerse a la amnistía de 1945. En 1965 se decretó un indulto general, se suprimió el registro de penados, y se remitieron las penas por delitos no contemplados en el indulto de 1945. Sin embargo, los refugiados aún debían solicitar un certificado en los consulados para poder regresar y acogerse al indulto. Finalmente, el 31 de marzo de 1969, se declararon prescritos todos los delitos de la Guerra Civil. Paralelamente se eliminó lo que se consideraba por parte del exilio un requisito denigrante: la necesidad de pedir en los consulados el permiso para volver.

La posibilidad de la vuelta temporal o definitiva dependía de varios factores. En primer lugar, del grado de politización del refugiado.

Para el exiliado comprometido, mientras Franco estuviese vivo lo estaría también la Guerra Civil y eso le impedía volver, ya que hacerlo suponía reconocer la derrota. Dependía en segundo lugar, del país de asilo. La vuelta desde México era más difícil que desde Francia, por menos necesaria. La política de naturalizaciones, adoptada desde 1940 en el país americano por Avila Camacho, había dado buenos resultados: entre un 70 y 80% del exilio adoptó la nacionalidad azteca. La integración había sido más fácil que en Francia, por afinidad cultural aunque también es cierto que la distancia la había hecho más necesaria. Por otra parte, la situación económica de los exiliados en México era mejor que la de los residentes en Francia y que sus perspectivas en España. Además, los viajes temporales eran más costosos desde América que desde el país vecino. Todo ello hacía la vuelta definitiva menos necesaria y la temporal más complicada que desde Francia. La posibilidad de la vuelta temporal y la cercanía física, hicieron que la reintegración del exilio francés a la vida española de la Transición fuese más fácil que la del exilio mexicano, por las mismas causas más idealista y más alejado de la realidad española que aquél.

El regreso era, ante todo, una decisión política, que el refugiado convirtió en una cuestión de dignidad. Atendiendo a su postura ante la vuelta, podríamos dividir el exilio mexicano en tres grupos:

a- Los que trabajan activamente por volver y reintegrarse en España hasta la muerte. Mantienen vivas las ideas republicanas y se sienten ofendidos con el olvido del que son víctimas por parte de la España de la Transición.

b- Aquellos que, ante la imposibilidad mental de la vuelta, convierten su exilio en definitivo. Este grupo lo integran quienes llegan a aceptar la doble patria de José Gaos; los que superan la idea de pertenencia a un lugar y llegan a considerarse ciudadanos del mundo, hecho que observamos sobre todo entre los exiliados anarquistas; y los que llegan a asumir el exilio hasta el punto de afirmar que nacieron exiliados, porque su país es una España ideal, que nunca tendrá una expresión real.

c- El tercer grupo lo forman aquellos que deciden rehacer su vida y superar la angustia del exilio, integrándose plenamente en la vida de México. Ahora bien, sin romper con España por cuanto su origen les garantiza un status social determinado. Estos son acusados por sus compañeros de haber traicionado la causa y haberse

«gachupinizado»<sup>3</sup>, pasando de su condición de exiliado a la de emigrante económico.

Según Javier Rubio, entre 1945 y 69, sólo un 15% del exilio masculino pidió permiso para volver desde México. Por otra parte, Patricia Fagen señala que, cuando fue posible volver, ya sólo un 10% de los exiliados en México deseaba hacerlo de forma definitiva. Si existía, sin embargo, un mayor porcentaje que deseaba viajar para visitar sus familiares y para romper de una vez con el sentimiento de nostalgia que minaba sus vidas. Un dato más da la autora, eran bastante más frecuentes las visitas a España de las mujeres del exilio que de los hombres. No hay que olvidar que la gran mayoría de españolas que fueron al exilio lo hicieron más por acompañar a su pareja que por motivos políticos, no existía pues para ellas razón ideológica para negarse a volver mientras Franco estuviese vivo<sup>4</sup>. Y sin embargo, después de todo, la visita a España no parecía servir para mitigar la nostalgia sino todo lo contrario por cuanto era nostalgia no de un lugar, sino, sobre todo, de unos años de juventud y de un ideal que no existía.

En 1981, el Instituto de Antropología de la UNAM realizó un estudio sobre el exilio español, basándose en 120 entrevistas realizadas a figuras prominentes del mismo, de diferente signo político y generación. De ellos, 45 habían vuelto a España, unos pocos muy politizados que se quisieron subir al carro de la Transición. Algunos, muy mayores, volvieron a morir en casa, a completar el círculo y es que, parafraseando a León Felipe, no había nada peor que morir en tierra extraña porque era un morir que precedía al nacer, que lo anulaba. Otros se habituaron a hacerlo periódicamente, ello les permitió enfrentarse al problema de la nostalgia y continuar con la vida rehecha en México. Unos pocos ni habían vuelto ni lo harían,

---

<sup>3</sup> El concepto de gachupín, utilizado por los mexicanos desde la Revolución para referirse a los españoles y por los refugiados para referirse a la Colonia de emigrantes económicos, establece una distancia social y cultural insalvable entre México y la Colonia española. El gachupín desde lo social, recuerda a los mexicanos a los administradores de las haciendas de la época del Porfiriato, apegados al trabajo y más duros con los peones que el amo. A esa imagen de capataz, puesto que ocuparon tradicionalmente esos emigrantes españoles a su llegada a México, se une otra connotación negativa, como cazadores de dotes de familias criollas ricas que deseaban casar a sus hijas con españoles. Desde lo cultural, el mexicano culto considera gachupín al español que hizo fortuna en su país pero que, falto de educación, se comporta como un nuevo rico.

<sup>4</sup> Sobre el pensamiento y actitudes de esa mayoría de mujeres que fueron al exilio despolitizadas es muy interesante el análisis que, partiendo de las entrevistas realizadas por el archivo oral del exilio del Instituto de Antropología de la UNAM, hace Pilar Domínguez Prats en *Voces del exilio: mujeres españolas en México, 1939-1950*, Madrid: Dirección General de la Mujer de la Comunidad de Madrid, 1994.

pues se sentían agraviados por una Transición que no había sido más que el triunfo del postfranquismo. Finalmente los había que volvieron con la intención de quedarse, pero ante la realidad de un país que los había olvidado y en el que no tenían lugar, decidieron exiliarse de nuevo, iniciando así su segundo exilio y tomando conciencia de que el suyo era un exilio sin fin<sup>5</sup>.

Existía un factor añadido que impedía la vuelta temporal a España: la censura a que eran sometidos los que volvían por parte de sus compañeros en el exilio. Los primeros en retornar a España temporalmente entre 1945 y 1954 fueron los denominados «refugiados de tropa», esas visitas no preocuparon a los sectores politizados del exilio. La irritación se dio cuando, entre 1954 y 69, perdida la esperanza en la caída de Franco, algunos miembros eminentes del grupo regresaron a España para integrarse en una lucha política que, ya estaban seguros, sólo debía realizarse desde dentro. Desde sus publicaciones, se embistió duramente contra aquellos que volvieron<sup>6</sup>. Para el exilio que se negó a retornar, incluso temporalmente, la vuelta significaba dar la razón a Franco, aceptar con humillación la justicia

---

<sup>5</sup> El archivo oral resultado de esta investigación, es fundamental para conocer las actitudes de los exiliados al volver y su imagen de la España de la Transición. Está compuesto de unas grabaciones realizadas en México y España, de propiedad del Estado Mexicano y de las que existe una copia transcrita en Salamanca. Por otra parte, no hay razón para pensar que desde Francia se produjesen más retornos definitivos que desde México, aunque sí eran más frecuentes los viajes temporales y menor esa sensación de «sentirse fuera» que el exilio mexicano tiene cuando viene a España. Nancy Macdonald, en *Homage to the Spanish Exiles*, New York: Insight Books, 1987, p. 335, señala que entre las 664 entrevistas realizadas a exiliados en Francia en 1978, sólo 8 estaban decididos a volver de forma definitiva.

Respecto a la vuelta, los exiliados vascos en México constituyen una excepción. Sus viajes temporales, en vida del Dictador, fueron bastante más frecuentes que los de el resto del exilio. Y es que, si los exiliados para volver necesitaban superar la barrera que suponían las críticas de deslealtad por parte de sus compañeros, la situación de resistencia generalizada del pueblo vasco en la Península, «ocupado por Franco», hacía que volver al País vasco no fuese una aceptación indirecta del franquismo y por tanto una deserción.

<sup>6</sup> Hasta tal punto llega el miedo a desaparecer, que el exilio se obsesiona en los 70, cuando es más débil, en evitar los viajes a España y cualquier contacto con la España franquista. Ello produjo numerosos incidentes. Javier Rubio recoge la expulsión del Centro Republicano Español de un grupo de miembros que asistió a una comida organizada en honor de Martínez de la Mata, representante no oficial del gobierno de Franco en México, con el que tenían contactos personales, por considerarlo una traición. Una ojeada a las revistas del exilio nos da una idea de la imagen negativa que se fomenta hacia aquellos que vuelven. En la revista *Mujer* en su número de enero se 1976 crítica con ironía a aquellas mujeres exiliadas que en sus tertulias de mercado han pasado de cuantificar el tiempo que faltaba para la caída de Franco, a chismorrear incansable y frívolamente de la vuelta a España. Los abanderados de esa batalla contra la vuelta fueron los Boletines del Centro Republicano español en México.

franquista y reconocer que ellos eran los culpables. Sólo existía la derrota cuando el vencido la aceptaba, pregonaban, y volver era reconocerla.

Entre 1969 y 75, conforme el exilio fue desapareciendo desde lo jurídico, los sectores más politizados se fueron quedando solos. Ese abandono aumentó su irreductibilidad. Conscientes de haber perdido toda influencia política en el interior de España y convencidos de ser los últimos idealistas, los depositarios de la causa del exilio, asumieron una tarea testimonial que se resume en una frase: «¡El exilio no se rinde!. Ellos eran los últimos representantes de la santa intransigencia republicana»<sup>7</sup>. Purificación Tomás, una de los pocos exiliados que finalmente volvió a incorporarse en la política, se expresaba así sobre la postura del exilio en 1971:

Pensamos que permanecer en el exilio es una postura digna. Hemos envejecido, estamos lejos de la realidad española, pero Franco sigue en España simbolizando todo aquello que nos hizo salir de ella, como nosotros estamos fuera como exponente del espíritu antifranquista. Muchos han muerto, probablemente se nos tache de quijotescos con visos de locos y soñadores, pero Don Quijote ha sido y seguirá siendo un símbolo de la forma de ser español<sup>8</sup>.

Volver representaba, además, una serie de dificultades más pragmáticas. Tras tantos años de exilio, era bastante difícil crearse una nueva vida personal y profesional en España. El regreso no les podía garantizar una situación social, profesional y económica parecida a la que en esos momentos gozaban en México. Los que más deseos tenían de volver eran los menos integrados en aquel país, los que habían dedicado su vida a la política. Para estos hombres el exilio fue más duro que para el resto, porque si un maestro podía ejercer como tal en el país de acogida, un político al exiliarse perdía no sólo su tierra sino también su profesión. Regresar para ellos era continuar su carrera política, retomar su compromiso con España y, en cierta medida, volver a existir plenamente. Sin embargo, siendo ellos los que más ansían el regreso son los que se niegan a regresar y los que cuando lo hagan recibirán la más honda decepción. Por ser precisamente los más politizados, estaban decididos a no volver

<sup>7</sup> Fernando Serrano Migallón, «La República española en el exilio», *Catálogo de la exposición El exilio español en México*, Madrid: Ministerio de cultura 1983-84, p. 29

<sup>8</sup> Purificación Tomás, «El exilio es tristeza y una dura prueba para la dignidad», *Mujer*, mayo de 1971, p. 1

hasta que en la Península no se les permitiese participar en la vida pública. «Permanecemos en el destierro no por vanidad ni maldad, sino porque la patria sigue sin ofrecernos las condiciones mínimas seguras y honorables de habitabilidad»<sup>9</sup>. Cuando volver a participar fue posible, el exiliado se dio cuenta que el retorno era imposible. La vuelta, tan deseada, perdería entonces su sentido. Regresar no era volver a vegetar, sino a trabajar en la construcción de esa nueva España y ni ellos estaban en condiciones físicas de hacerlo, ni fueran aceptados por la España interior.

Hasta la muerte de Franco, los postulantes de la no vuelta tenían una justificación que perdieron con la muerte de éste y el desarrollo de la Transición. Muerto el Caudillo, el exilio, que jurídicamente había desaparecido, se desvaneció. No obstante, una parte de él, ésa que estaba adscrita a ARDE, para quienes la única solución viable para España era la República, continuó afirmando su intransigencia. Fernando Valera, principal representante de ese grupo, reafirmaba así su irreductibilidad en 1976: «Llevo 79 años cumpliendo con mi deber, y aquí estaré hasta que se haya producido el acto histórico que me licencie...volver es volver para luchar» y hasta que no se les permitiese hacerlo no volverían<sup>10</sup>. Pero esa vuelta en el sentido de participación, condición indispensable para regresar, factible en el caso socialista, comunista y anarquista, se hizo mucho más difícil para los republicanos, a quienes el proceso de la Transición no pudo o no quiso aceptar. En 1977, ARDE, surgida en 1960 de la unión de los antiguos partidos republicanos, decidió solicitar su inclusión en el registro de partidos. Intentando superar la decepción que supuso la evolución de España muerto Franco, aceptaron la Transición como un proceso coyuntural. Sólo había que esperar, confiaban, prolongando la labor testimonial en que se habían empeñado: «un millón de muertos y cuarenta años no fueron suficientes, pero tenemos que volver porque ha llegado el momento de participar políticamente y fuera nos falta autoridad mora! para hacerlo»<sup>11</sup>. Sin embargo, el registro les fue denegado. Fuera de la Transición hasta después de las elecciones de 1977, los republicanos a través de *República Española* y de los *Boletines del Centro Republicano Español*, denunciaron continua y escrupulosamente la ilegitimidad monárquica; conservaron la

---

<sup>9</sup> Argentina Martín, «Viaje a España», *Horizontes*, mayo 1977, p. 3

<sup>10</sup> Fernando Valera, *República Española*, 15 de marzo 1976, p. 3-4

<sup>11</sup> José Luis Peñalva, en *República española*, 15 de julio 1976, p. 5.

esperanza en la Tercera República como única forma que garantizaría la democracia en España; criticaron el ostracismo a que se había castigado a las fuerzas republicanas. Con obstinación, unos pocos republicanos (Fernando Valera, Francisco Varea, Mariano Joven), se empeñaron en la necesidad de continuar y de mantener la dignidad durante un proceso que, al no permitirles su participación, reconocía que les tenía miedo y que, en cierta forma, su actitud era legítima<sup>12</sup>.

Al margen de ese pequeño grupo aún activo para quienes la muerte de Franco no significó el fin del exilio, ¿regresó el refugiado cuando ya había desaparecido el sujeto de su desdicha?, no. Muerto el Dictador, las razones para no volver fueron de índole diversa, desde las humanas, que suponían haber creado una familia en aquel país, a las profesionales y económicas. Empezar en España desde cero y con su familia en México era imposible. A todo ello se unió un hecho esencial: su España, aquella a la que soñaron tantos años regresar, no era una realidad, era un sentimiento y un sueño, al que no se podía volver porque no existía.

## II. ESPAÑA AL VOLVER, LA REALIDAD FRENTE AL SUEÑO

España es la mía, la de mis sueños, la de mis años niños, lejana...una puerta que se abre a la vida y yo empiezo a sentirme persona y sueño, y canto y río y lloro y veo la muerte cerca... yo quiero a España por lo que nunca tuve pero pude soñar<sup>13</sup>.

La vuelta, si se produce, supone un doble choque. En primer lugar con una realidad que no es, que no puede ser, la soñada en la mente de cada uno; que no es siquiera la recordada, sino la idealización de esos recuerdos, unidos para muchos a la natural añoranza de los

---

<sup>12</sup> Esa digna intransigencia que se mantiene, queda expresada así por Manuel Vega en *Boletín del CRE*, nº15, 15 de abril de 1978, p. 5.

¡Que solos vamos quedando  
en este pícaro mundo!  
¡Y habrá que seguir marchando  
sin ningún cambio de rumbo!...  
Hacer honor a la historia,  
mantener nuestra verdad;  
andar siempre muy erguidos  
y no renunciar ¡jamás! ...

<sup>13</sup> Cristina Martín, *¡España!, República Española*, 15 de noviembre de 1975, p. 7

años jóvenes cuando la muerte se acerca. Para otros que llegaron niños o nacieron allí, no quedan ese tipo de recuerdos, sino los aprendidos de sus padres, con lo que la idealización es mayor. Unos y otros convirtieron a España en un paraíso perdido, una utopía. Cuando se enfrentan a la realidad muchos de ellos no pueden aceptarla, prefieren volver la espalda para continuar viviendo en su exilio.

Todavía a la vuelta España les tiene preparado un segundo choque, que analizaremos en el próximo apartado y que los convierte en fantasmas, en el objeto de la desmemoria que preside de la historia reciente de nuestro país.

El exiliado percibe a su llegada un desacompasamiento entre su imagen de España y la realidad. Desde el punto de vista físico, político, económico y mental, la España que se encuentran ha evolucionado en una forma y a una rapidez tal que la convierten en una desconocida; sobre todo para quienes la imagen de España se congeló a su salida, en los años treinta<sup>14</sup>. Los exiliados que volvieron hasta la mitad de los años cincuenta, desde el territorio francés sobre todo, tuvieron la oportunidad de reintegrarse, con mayor o menor éxito, a la sociedad española. Desde entonces, la evolución del país se aceleró y un extrañamiento creciente impidió la reintegración.

La sorpresa, la rareza, la desorientación, que implicaban la vuelta no eran ni algo nuevo, ni algo privativo del exilio español de 1939. Vicente Lloréns<sup>15</sup> encontró en las memorias de Alcalá Galiano los mismos sentimientos que encontramos en los hombres de 1939 al volver a España. Sin embargo, sí hubo algo que hizo único en la

---

<sup>14</sup> Hay que señalar que, desde el exilio, el viaje a España podía tener una utilidad política. Aquellos que vuelven temporalmente se empeñaron a su regreso a México en transmitir una imagen negativa de España que aliente a sus compañeros en la permanencia del exilio y que los persuada para no volver. Entre las numerosas impresiones de sus viajes a España, que encontramos en las revistas del exilio, sólo Fidel Miró reconoce algunos cambios positivos en España. Confirma que viaja a España con la intención de cotejar algunas de sus opiniones ideológicas con la realidad española y concluye su viaje afirmando, contra sus compañeros de exilio: «La España actual no es, ni mucho menos, lo que la gente tiene en mente...Correspondían a viejos clichés del exilio que no reflejan la realidad política, social y económica que constituye la vida del país», *Comunidad Ibérica*, op. cit., p. 33

<sup>15</sup> Vicente Lloréns, *Liberales y Románticos*, Madrid: Castalia, 1968, p. 424. El mismo extrañamiento y las mismas dificultades para reintegrarse que se dan en el exilio del 39, aparecen en una carta de Alcalá Galiano al Duque de Rivas, recogida por éste en el primer tomo de sus memorias. El liberal se expresa así:

...Donde aplausos dejé miro despego,  
donde amistad tibieza,

No es ésta no mi España suspirada  
la que adoré constante,

historia de España al exilio de la 1939<sup>16</sup>. La imposibilidad de reintegración fue bastante más grave por dos causas: por el tiempo que duró este exilio y, sobre todo, por el acelerado proceso de cambio que España vivió en los años sesenta. Al exiliado que volvió le resultó extraña la evolución política, económica y mental de su país. Eso se tradujo en una profunda sensación de desarraigo, que le apartó de esa nueva España y que desencadenó la vuelta al exilio vital, un retorno hacia sí mismo y hacia «su España» para vivir en una especie de bola de cristal:

La vuelta imposible se ha convertido en adorable. Muchos han regresado ya...y vuelto. Y ¿qué pasa? El retroceso aterrorizado, encontrar que después de todo no se está tan mal aquí... En fin, en el fondo existe una verdad, el temor de que el país soñado, tan remodelado por la imaginación y la nostalgia, se convierta en cenizas al palparlo<sup>17</sup>.

El exiliado no encontraría, no podía hacerlo, la España que buscaba porque ésta no existía más que en su imaginación. Se había producido un desacompasamiento entre la España real y la del exiliado, la de los años treinta revivida, recordada, soñada, que conservaba intactos los prejuicios de la España de la guerra, un paraíso mental, una utopía en la habían puesto sus esperanzas durante los duros años del exilio.

Extrañeza, a veces estupor, produjeron en el exilio la evolución económica, social y mental de la Península, pero quizás el aspecto más inesperado, y para la mayoría decepcionante, con el que el exilio se enfrentó fue el de la evolución política. El proceso político que se inició tras la muerte del Caudillo fue, para los más indulgentes, un mal menor. La Transición fue un hecho consumado por unos seres desconocidos, los españoles del interior, un proceso que transigía con todos los ideales defendidos en el destierro, convirtiendo así su sacrificio en papel mojado. Fue sin duda el inquietante «chaquetismo», el pragmatismo, la ausencia de maximalismo, instituidas por la Transi-

---

un yermo de ceniza donde fuego,  
vejez donde belleza.

la imagen halagüeña que invocada  
tuve siempre delante.

<sup>16</sup> Si nos preguntásemos, en un país de exilios como es España, por el que más se asemeja al de nuestra guerra civil quizás nos llevásemos una sorpresa al encontrar que, al menos en el tema de la imagen que España tiene en el exilio, aquel que expresa sentimientos más parecidos al que analizamos es el exilio Serfardí. Uno y otro fueron exilios sin fin en la Historia de España.

<sup>17</sup> Testimonio de Sara García Iglesias recogido por P. Fagen, op. cit., p. 198.

ción lo que fomentó la imagen negativa de la misma entre los exiliados. Se había llegado a tal punto, escribían, que ésa sería llamada la época del «fregolismo» (famoso transformista español de principios de siglo). Con añoranza, recordaban los «¡felices tiempos en que aún existían ideologías por las que luchar toda la vida!», y no ese consenso que se asemejaba mucho a la complicidad. Los hechos habían dado la razón a cuantos desde México dudaron de la autenticidad de los representantes de sus partidos en el interior<sup>18</sup>. El líder socialista histórico Miguel Peydró, llegó a afirmar con ironía y con dolor en 1979:

La República no murió el 18 de julio, ni el uno de abril de 1939, sino el 15 de junio de 1977, cuando llegaron al Congreso cerca de 150 diputados supuestamente republicanos porque pertenecían a partidos que siempre lo fueron, y no pronunciaron ni una sola palabra, ni hicieron gesto alguno en su recuerdo<sup>19</sup>.

Si desde lo político al exilio le resultaba difícil asimilar los cambios en España, no fue menor el proceso de extrañamiento respecto a sus compatriotas desde lo mental. Los españoles están dominados por el consumismo, por la desgana y por la pérdida de los valores, se quejaban los exiliados. En España había triunfado la sociedad de consumo y era esa sociedad la que había degenerado en una «política de consumo». Los peninsulares trabajaban poco y mal, gastaban por gastar, continuaban viviendo una de esas cíclicas etapas históricas en que eran más Sanchos que Quijotes, volvían a estar dormidos mientras un pequeño grupo dirigía el proceso a su antojo. Absurdamente, señalaban desde el exilio, se había convertido en la máxima aspiración de los españoles obtener «un empleo seguro a cambio de nada... en una administración burocratizada e ineficaz, con un absentismo escandaloso»<sup>20</sup>. Los íberos además, habían «perdido los valores morales y espirituales lo que unido al destape sexual, producía un materialismo exacerbado y un consumismo insatisfecho que desembocaba en una neurosis colectiva». Y para colmo de males, habían olvidado lo que los exilados consideraban valores fundamentales: el «respeto a la familia y a la vejez»<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> Pozuelo, «No crea en usted ni en los demás» *Boletín del CRE*, nº 23 diciembre 1978, p. 6

<sup>19</sup> Miguel Peydró, «En recuerdo de la República», *Boletín del Centro Republicano Español*, nº28, mayo 1979, p. 6.

<sup>20</sup> Antonio Márquez, «La francachela sigue», *Boletín CRE*, nº 19, agosto de 1978, p. 2.

<sup>21</sup> J. Alonso Giner, «¿Qué les pasa a los españoles?», *Boletín del CRE*, noviembre 1980, p. 4

Ya nada era igual en España, decían los exiliados. Tan era así, que recordaban con nostalgia como en la España de antes todo tenía «más sabor», era más auténtico; ¡incluso la comida!<sup>22</sup>. Daba la impresión que en la República todo era más puro, más violento, más primitivo; pero con mayor personalidad y grandeza. La derecha era derecha y la izquierda izquierda, no había atenuantes. La Iglesia seguía una ortodoxia y era defensora de una moral estricta; lo que se esperaba de ella. Los refugiados no podían entender el consenso político y moral de la Transición porque, a su edad, eso suponía romper con el esquema mental que tenían formado sobre España. Un esquema que se afincaba en los años treinta, sin evolución alguna, por la falta de contacto directo con la Península.

La Transición española fue un sainete o un teatro del absurdo para los exiliados que la vivieron desde México. ¿Era posible en ese ambiente la reconciliación de esa España con los exilados que permanecían en aquel país? Los refugiados pusieron condiciones morales y materiales a la reconciliación:

a- El restablecimiento de todos los nombramientos oficiales realizados por el gobierno republicano hasta el final de la guerra, con la categoría que debieron haber tenido de haber continuado en activo y con las jubilaciones pertinentes.

b- Pensiones para las viudas e hijos de los muertos en la guerra.

c- La restitución de los bienes expoliados a personas y sociedades por los nacionales.

d- Igual tratamiento moral y material a los mutilados de la zona republicana que el dado a los de la zona nacional.

e- La rehabilitación moral de los caídos por la República, cuyo acto simbólico podría ser la creación de monumentos en toda España

---

<sup>22</sup> A. Casals, publica bajo el título de «La ensalada», un sugerente artículo en el *Boletín del Centro Republicano*, nº 32, septiembre de 1979, p. 5. En él se queja de una España en la que todo es «light». Ni siquiera la lechuga es ya lechuga, las ensaladas de la República sabían a eso, a ensalada, hoy en España hasta la ensalada ha perdido su sabor natural, para convertirse en algo artificial e insípido; como la Transición.

En este sentido nos atreveríamos a señalar que quizás la extrañeza y disgusto que provoca ese proceso en el exilio, es un sentimiento compartido por los supervivientes de la otra España. Las críticas que se hacen desde México, no nos parecen muy diferentes a las que hacen sus enemigos. Aunque desde diferentes ideologías, la imagen negativa de la Transición la comparten ambos. En este caso sería cierto que la Transición fue la eclosión de una España nueva frente a las otras dos, que perecieron ambas, en una guerra que terminó con la muerte de Franco. Esas dos Españas han quedado en el pasado, y unos y otros son sólo supervivientes, sin un lugar en esa España nueva.

que, de la misma forma que las cruces de los caídos, los recordasen<sup>23</sup>.

Ciertamente, conforme fue avanzando la Transición, la reconciliación fue estando más cerca. Desde el punto de vista político la jalonaron: la amnistía general dictada el 11 de marzo de 1977; la legalización de ARDE en agosto de 1977; el reconocimiento de las pensiones, cuyos primeros pasos se dieron el 7 de abril de 1976 y que sólo tras los decretos de 1981 fueron consideradas justas por los exiliados; y, finalmente, el triunfo de el PSOE<sup>24</sup>. Sin embargo, el exilio siguió pensando que la sociedad española tenía una deuda moral con ellos; y es que la reconciliación que ellos deseaban debía hacerse sobre la base de una aceptación de lo que fueron las dos españas y no sobre el olvido de ambas.

### III. LA LEGIÓN DE LOS OLVIDADOS

As to my return to Spain, at my age, seventy-five, Spain has lost the attractions it had in my youth...If fear I will be condemned to die without seeing it, like so many others among us who f o r m the enormous legion of the forgotten<sup>25</sup>.

No fue sólo extrañeza lo que sintió el exiliado de vuelta a España, existió otro proceso al que se hubo de enfrentar el exilio: el olvido del que fueron objeto por parte de los nuevos españoles. La reconciliación, base de la Transición, necesitó hacer tabla rasa del

---

<sup>23</sup> E. P. M. « Monarquía, República, reconciliación», *Boletín del Centro Republicano Español*, nº20, septiembre de 1978, p. 5

<sup>24</sup> El exilio quedó sorprendido gratamente por el triunfo del PSOE, que ante todo vino a demostrar algo: que en verdad no conocía a la España nueva, pues en su imagen de España hubiese sido improbable una victoria tan limpia y pacífica como aquella. El refugiado retomó la confianza en que un gobierno socialista compensase moralmente al exilio y abriese, aunque ellos ya no lo viesen, el camino a la Tercera República. Así se recibió la llegada de los socialistas en el Centro Republicano Español: «¡Que país!, íbamos envejeciendo en el tedio, desesperanzados... cuando de repente la España de Cervantes nos hace la respiración boca a boca y nos resucita... España decide reescribir la historia, osadamente y con el coraje prepotente español, el valor del Cid, retorna la maldita historia y la reescribe, pisando fuerte y como hombre. España es hombre».  
M<sup>o</sup> Luisa Mendoza, «España, hombre que preña», *Boletín del CRE*, nº 72, noviembre de 1982, p. 5.

<sup>25</sup> Palabras dirigidas por el exiliado M. Martín a Nancy Macdonald, y recogidas por ésta en *Homenage to the Spanish exiles*, New York: Insight Books, 1987.p. 15-16. El título de este apartado responde, a la expresión que la misma autora utiliza en su libro para referirse a la situación del exilio de 1939 respecto a la España actual.

pasado, olvidarlo intencionadamente para concentrarse en el futuro. Los exiliados, consecuencia directa de una guerra que quedó sepultada en la memoria, pagaron con ese olvido el precio de la una transición pacífica.

Los resultados de la vuelta fueron en todo caso negativos. El exilio tomó conciencia del doloroso fracaso de sus cuarenta años de actividad, cuando tuvieron que asimilar que para los españoles no existían, no eran más que historia enterrada.

En el terreno político, el exiliado se enfrentó dentro de su propio partido a su sustitución por los jóvenes, a quienes hubo de dejar el protagonismo para quedarse en una posición simbólica. Pronto se dio cuenta de que el fracaso no era sólo personal sino ideológico. La evolución del interior estaba bastante alejada de la ortodoxia defendida desde el exilio. Pero no fue sólo ese fracaso político el que percibió el exiliado al volver. A la conciencia de su prescindibilidad en la vida pública de la España nueva, se sumó un fracaso, aún más doloroso, en el terreno moral y testimonial. Fue ésa la derrota última del exilio, por cuanto el valor testimonial y ejemplificador era ya, tras fracasar en lo político, lo único que le quedaba, lo único que daba sentido a su vida y a su sacrificio. Aquellos refugiados que retornaron percibieron cómo la nueva sociedad española no quería hablar de la Guerra Civil, no los conocían, ni les interesaba hacerlo. ¿Qué sentido sostenía pues al exilio si había fracasado en el terreno político y testimonial?. Ninguno.

Esa sensación de fracaso derivó en un profundo complejo de olvido. Unos tomaron conciencia de la imposibilidad de la vuelta y se encerraron en su exilio permanente; los menos intentaron luchar contra el fracaso reivindicando hasta su muerte el reconocimiento del exilio por parte de la España de la Transición.

Max Aub, en la obra titulada *Las vueltas*, reflejó extraordinariamente el choque del regreso y la reacción que ese duro encontronazo desencadenó. Al desacompasamiento que el exiliado sintió a su llegada, se unió una profunda decepción por la forma en que la España interior le recibió: de una parte, el acusado resentimiento de «los que se quedaron»; de la otra, el olvido, consciente o inconsciente, de los nuevos españoles. Los unos y los otros terminaron por expulsar al exiliado que había retornado, negándole su pertenencia a esa nueva España, su derecho a participar en ella. El refugiado no pudo integrarse porque ésta no era su España, pero también, según Max Aub, porque España no le dejó hacerlo.

Merece la pena comentar la obra a la que aludimos. El protagonista es un exiliado que vuelve, al final de su vida en busca de sus recuerdos<sup>26</sup>, a recuperar no sólo España sino, sobre todo, su juventud<sup>27</sup> y lo hace con orgullo y con dignidad, esperando retomar a España donde la dejó. Sin embargo, su reencuentro con sus compatriotas es muy distinto al soñado. Sentado en un lugar tan hispano como un café, el exiliado ve pasar por delante una galería de personajes de la España interior, cada uno de los cuales reacciona de diferente manera a ese reencuentro. Los que lo hacen más duramente son «los que se quedaron», sus antiguos compañeros en la batalla y su vieja novia<sup>28</sup>. No le reciben con los brazos abiertos, sino con cierto resentimiento. Sus antiguos camaradas le reprochan la incomprensión del exilio con la transigencia, a veces inevitable, del interior. Estos niegan el derecho de crítica a quienes, al fin y al cabo, la vida en el México había proporcionado una seguridad económica y una tranquilidad de la que ellos, dentro de España, nunca gozaron. Si querían hacer algo en la España nueva, que no pensasen que se les iba a tratar con honores, habrían de empezar desde cero<sup>29</sup>.

Tras el decepcionante encontronazo con sus correligionarios, el refugiado conversa con dos grupos de jóvenes; uno representa a la juventud franquista, el otro a la de la oposición. Los primeros le

---

<sup>26</sup> «Mientras uno vive sin pensar en el fin, señala el protagonista, lo hace en cualquier lugar. Cuando en el horizonte aparece la mela, el nicho, uno, aunque no le importe la muerte, piensa en redondear la faena, en entrar a matar o morir». Max Aub, *Las vueltas*, México: Mortiz, 1965. p. 60.

<sup>27</sup> Vuelve cuando la muerte está cerca a recuperar España, a recuperar su juventud, su antigua novia, su antiguos paisajes, a recuperar en parte la guerra que mira con nostalgia, pues en ella convivieron lo peor y lo mejor de cada ser humano. «Vuelvo para sacarle jugo a la vida en el momento en que esta se agota». *Ibidem*, p. 74

<sup>28</sup> Es precisamente esa vieja novia, con quien pretende restablecer relaciones, quien con amargura e ironía, critica la postura del exilio exterior desde el punto de vista de los que se quedaron: «¡Cómo han debido cambiar vuestras ideas sobre el regreso!. En 1945, a rebato, a fondo, sobre caballos blancos, cargando, no dejando hueso sano al enemigo; en 1948, dispuestos al diálogo, al perdón, la mano tendida, generosos. En 1950, de igual a igual y, desde entonces, cada vez más pequeños, hasta tocar a la puerta», p. 57. El resentimiento es patente cuando ella misma afirma, ante las quejas del exiliado: «Desterrados no lo erais vosotros; desterrados nosotros. Fueron años desesperados, sin más salida que los muros, aunque tuviésemos los huesos cargados de esperanza» sin que los de fuera se acordaran de los de dentro, p. 64.

Les acusa, finalmente, de explotar el exilio: en el caso de los escritores, es común ocupar un puesto más alto en la valoración pública más por el hecho de ser el exiliado, que por la categoría de su obra, *Ibidem*, p. 101.

<sup>29</sup> Si de verdad quieren volver, lo han de hacer sin orgullo, conscientes de que no son indispensables, «tenéis que regresar como si no fuerais nada a empezar de nuevo, desde abajo, desde cero, en una España nueva... Y para ese esfuerzo ya estáis viejos», comenta uno de sus antiguos compañeros, *Ibidem*, p. 73

preguntan a qué ha vuelto cuando todo está solucionado. Para el protagonista, esta juventud hispana tiene como única ambición el divertirse, es pragmática y feliz, con «una felicidad que no venía de la libertad sino del consumo»; no conoce los nombres de los grandes políticos del exilio; no sabe nada de la Guerra Civil; está convencida que en España se vive mejor que en el resto del mundo. Sin embargo, de la misma manera que ve pasar desde su tribuna en el café, más proclive siempre a la discusión que a la acción, a la juventud despolitizada, el exiliado encuentra un pequeño grupo de universitarios que le reconocen y expresan su deseo de ser instruidos por él. No obstante, ese reencuentro no es más positivo que el anterior. Se da cuenta que, ni siquiera ese pequeño grupo activo, conoce su obra y las ideas que constituyen su esencia como hombre. Por otra parte, el hecho de ser considerado maestro le confirma que, para esa nueva oposición, su historia activa está acabada; lo que no deja de ser doloroso.

De resulta de esos reencuentros con la España de ayer, que lo recrimina, y con la de mañana, que lo ignora, este español de la guerra llega a afirmar que lo terrible no había sido el destierro sino la vuelta; porque uno siempre es el que se fue, mientras lo que dejó había seguido avanzando. El refugiado contempla entonces su exilio como un corte fundamental en su experiencia vital como individuo. El exilio es un paréntesis en su vida que, una vez concluido, hace imposible su reincorporación a una realidad que había avanzado de forma independiente. España tenía poco que ver con la vivida por el exiliado en el momento en que ese mundo se detuvo para él, mucho menos con la que, alimentada por la nostalgia, había recreado en su memoria, mientras él seguía siendo el mismo; y es que para el «cada amanecer tenía un cuarto de siglo de retraso». Fuera del juego tras la vuelta, sin posibilidad<sup>30</sup> ni fuerza para participar en un juego al que había que darse por entero, el exiliado toma plena conciencia de algo: el paréntesis se había tornado en ruptura. Lo que empezó siendo una interrupción en su experiencia vital se había convertido en una situación crónica, un exilio permanente; el fin del exilio había demostrado que el exilio no tenía fin.

Tras años de soñar con el regreso, tras poner todas sus esperanzas en él, éste se tornó amargo cuando se dio cuenta que el

---

<sup>30</sup> Los jóvenes españoles con los que se encuentra, a la vez que le recriminan su postura crítica respecto a España «¿Si no les gusta para que volvieron?», le quitan el derecho a participar en ella. «Ustedes abandonaron, se fueron del ring y no les concedemos la revancha» p. 86.

exilio y la guerra estaban ya en los libros de historia; estaban muertos. Lo suyo empezaba a tener importancia para los historiadores, afirma el protagonista de la historia, lo que demostraba que ya no tenían nada que hacer. El retornado concluye que: no eran más que una legión de muertos, el sacrificio de cuantos marcharon de España había sido vano. Aún había algo peor, los exiliados no eran siquiera héroes del pasado, sino fantasmas. No eran nada, el exilio no existía en la memoria de los españoles; y si había algo peor que morir en tierra extraña, era morir en el olvido.

En definitiva, muerto Franco, el exilio estaba oficialmente acabado porque se podía volver en la práctica. El problema fue que volver era reintegrarse y participar y eso era imposible porque ésta no era su España, porque les faltaba fuerza física para hacerlo y porque los españoles no se lo permitieron. Una parte de los que regresaron aceptaron quedarse en el papel de «maestros», muy alejado de los ímpetus de su juventud. Otros, prefirieron retornar al segundo exilio y convertirlo en una forma de vida, en un exilio vital o un exilio sin fin. Unos y otros sufrieron el «complejo de olvido» y creyeron ser los parias de la historia reciente de España.

El pueblo español, decían, siempre tuvo una gran facilidad para olvidar y no aprender de su pasado. Esa había sido nuestra tragedia histórica y podría volver a serlo. La función de los pocos exiliados activos durante la Transición fue «defender su pasado» como forma de reivindicarse y salir del olvido. Contra el olvido, el exilio había de seguir dando testimonio, como símbolo de lo que ocurrió para que no se volviese a repetir. Algunos refugiados, insignes por su encomiable persistencia, continuaron trabajando, hasta el fin de sus vidas, por recuperar el exilio, como compromiso con éste y con España:

No se trata de consignar y recusar antiguas peripecias...sino la justa reparación, difícil más ineludible, del daño infligido, ello tanto en lo personal como en lo colectivo, del obligado rescate de un valioso patrimonio intelectual, cultural, moral. Y de su reinserción viva en un ámbito de creadores enlances, que ha de coadyuvar a la conciencia -renacida, por verificarse- del pueblo español<sup>31</sup>.

Perdonar sí, pero no olvidar, fue su consigna; porque el olvido significaba reconocer que sus vidas no habían tenido sentido. Para estos hombres, la Transición debió basarse en una reconciliación,

---

<sup>31</sup> Manuel Andújar, «En este siglo de exilios, el exilio español de 1939», *Catálogo exposición El exilio español en México, op. cit.*, p. 19.

fruto de una asunción mutua de culpas, no en un olvido de las mismas. Patricia Fagen señaló con acierto, que «quizás la mayor causa de frustración de los transterrados<sup>32</sup> había sido el hecho de que, después de dedicar tanta energía a la causa española, en la actualidad no eran ni amados ni odiados en su patria, sino simplemente olvidados»<sup>33</sup>.

En honor a la verdad, pocas actuaciones se llevaron a cabo en la España de la Transición para recuperar la obra del exilio. Desde el punto de vista oficial, el primer reconocimiento a su labor se produjo en 1980. El PSOE presentó en las Cortes una proposición no de ley con el fin de «reintegrar las últimas emigraciones españolas al proceso de nuestra cultura». El 23 de junio de 1980 la proposición se discutió en el Senado y recibió el apoyo de todos los grupos parlamentarios. En las intervenciones se planteó el problema del olvido de quienes, según el senador socialista Díaz Mata, «Vienen aquí a dejarse querer, pero en definitiva nadie los quiere, no se les ofrecen puestos en la universidad, ni condiciones que les permitan volver conservando el grado profesional que tienen en sus lugares de residencia»<sup>34</sup>. La política a seguir era pues, según la propuesta aceptada: revitalizar la universidad y centros de estudios, con la aportación de los exiliados a través de intercambios culturales; defender su obra intelectual; y, a través de ellos, establecer lazos de cooperación cultural con los países de migración. Al menos de esa forma se le reconocería un sentido al exilio: la aportación cultural y su papel como protagonistas del reencuentro España América.

Para conseguirlo se proponía: crear un centro o departamento dedicado a esa tarea; hacer un censo de los españoles dedicados a la enseñanza superior en los países de exilio; recopilar sus obras, editarlas, patrocinar conferencias, reuniones y congresos que explica-

---

<sup>32</sup> El concepto de transterrado, aplicado a los refugiados españoles que llegaron a México en 1939, nació de las mismas filas del exilio. Fue el filósofo José Gaos quien lo acuñó, en los años cincuenta, para describir la condición de español mas que desterrado en México, trasladado de una tierra a otra del mismo universo cultural y mental que constituye el mundo hispano. Por ello, el exiliado no se sentía tal en el país que lo acogió y creaba un marco ideal para acercar entre sí México y una España, que se olvidó más de América que América de ella.

<sup>33</sup> P. Fagen, op. cit., p. 198.

<sup>34</sup> Hay que tener en cuenta que uno de los elementos que de forma más clara impedía la vuelta era la imposibilidad de restablecer la vida profesional en España en la misma categoría de la que gozaban en México. Problema que se hace evidente cuando, desde el exilio critican la no homogeneización inmediata en España de los títulos obtenidos en aquel país, lo que afecta especialmente a los exiliados de la segunda o tercera generación.

sen la tarea del exilio; crear, finalmente, un programa de intercambio entre universidades españolas y americanas en torno a estos profesores exiliados y a la investigación sobre el tema. Estas propuestas fueron acogidas con entusiasmo en el exilio, también con cierta suspicacia, porque parecía tratarse sólo de un reconocimiento cultural. A pesar de ello, fueron publicadas por el Ateneo Español en un folleto titulado «Homenaje a México» como el primer reconocimiento al exilio por parte de la España de la Transición. Sin embargo, las propuestas no parecieron tener resultados positivos, al menos hasta la celebración del cincuentenario de la diáspora en 1989; demasiado tarde. Ciertamente, en esa fecha aumentó el número de publicaciones y se celebraron varios congresos dedicados al tema. No obstante, se trató de un reconocimiento académico que no impidió que los exiliados continuasen quejándose de la desmemoria de la sociedad española en lo que ellos mismos reconocían, era ya un complejo de olvido<sup>35</sup>.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN: DEL FIN DEL EXILIO AL EXILIO SIN FIN

¿Es posible volver del exilio, o es un corte tan profundo en la experiencia vital del individuo que se convierte en una situación irreversible porque el refugiado termina sintiéndose un exiliado permanente? ¿Es posible el fin del exilio o el exilio termina convirtiéndose habitualmente en un exilio sin fin? El exiliado ve truncada su vida en el momento de la expulsión. Desde ese momento, de forma consciente o inconsciente, proyecta su existencia hacia el pasado, aun cuando este viviendo el presente o este imaginándose el futuro. El desterrado pone todo su anhelo vital en la vuelta. No hay nada peor para un exiliado que morir en el exilio, por cuanto se frustra la única esperanza que le queda, la del retorno. No obstante, aunque lo consiguiera, la vuelta es siempre imposible. El exiliado ha sufrido un doble proceso: la sublimación de su tierra y la congelación mental de la imagen de su patria. «Sus ojos no ven lo que miran sino lo que llevan dentro»<sup>36</sup>. Eso crea un extrañamiento entre la imagen mental del exiliado y la realidad que se encuentra a la vuelta. El retorno, en el pleno sentido

---

<sup>35</sup> En uno de los Congresos celebrados con este motivo en 1989, en la Universidad de Maryland, vuelven a aparecer las quejas sobre una desmemoria que ven plasmada en la negativa de Felipe González a asistir al Congreso al que fue invitado, cuando en los mismos días estaba en Washington de viaje oficial. Olvido que queda patente además, en la concesión del premio Cervantes a quien estuvo «claramente comprometido con los vencedores».

<sup>36</sup> Vicente Lloréns, «Retorno del desterrado», *Cuadernos Americanos*, Julio- agosto 1948, p. 227.

de reintegración que tiene la palabra, es imposible. Cuando el exiliado toma conciencia de esa imposibilidad, se da cuenta que su exilio es una ruptura total en su experiencia vital. Ese corte traumático impide tanto la reintegración a su tierra, como la asimilación total en la que le cobija. El exilio se convierte entonces, en una condición vital, un exilio sin fin.

En los años setenta, muerto Franco, desde el punto de vista jurídico-político ese exilio desapareció; no ocurrió así en el plano mental. Varias disposiciones dictadas por el Régimen, desde 1945 en adelante, habían abierto el proceso de recuperación del exilio para España; sin demasiada fortuna en el caso mexicano. Al exiliado se le presentó la difícil disyuntiva de volver o quedarse. Unos pocos volvieron con éxito, incluyéndose en el proceso de transición política que se inició en 1975. Para la mayoría, la ilusión de volver fue unida al dolor de romper con un medio en que habían estado integrados demasiado tiempo. Gran parte del exilio no se planteó la posibilidad de la vuelta más que en un sentido temporal, como cualquier emigrante económico. Volver ya no era posible, sobre todo porque habían adquirido en México un alto status social y profesional y venir a España significaba empezar otra vez desde cero. Y a ello había que añadir un hecho fundamental: volver sí pero, ¿a donde? Retornar a «su España», pero qué ocurría si su imagen de España no coincidía en nada con la que se encontraron al volver.

Al volver, el exiliado se sintió perdido en la nueva España, lo que fue peor, se sintió olvidado por ella<sup>37</sup>. En cualquier caso, la valoración de ese olvido y sus consecuencias fueron distintas según la situación del exiliado que la vivió. Para quien vivía ya como un gachupín en México, ese choque no fue tan traumático; sí lo fue para los exiliados aún activos políticamente. Entre éstos se dieron distintas reacciones.

---

<sup>37</sup> Ricardo Garibay en «Por aquellos españoles...» publicado en la obra colectiva *El exilio español en México*, op, cit, p. 96; señalaba la dureza del reencuentro del exiliado con su tierra. Más duro si se trataba de aquellos que fueron jóvenes a México o nacieron allí, porque ellos habían idealizado la tierra «prometida» de sus padres. Conservaban pues, como parte de su herencia, esa imagen de España idealizada que reforzaba lo positivo y olvidaba lo negativo. Pero, en no pocas ocasiones, la segunda generación en el exilio vivía con un sentimiento de amor-odio hacia esa España idealizada y congelada de sus padres, por la cual habían visto sufrir a sus congéneres durante toda su niñez y adolescencia. Ricardo recoge perfectamente los sentimientos de ese grupo al visitar España. Al llegar a la Península una representante de la generación que llegó niña al exilio, Matilde Mantecón, lloró amargamente al darse cuenta que « España, la recordada apenas, oída tantas veces, ya no existía, era un paraíso perdido irremediablemente, un paraíso al que a fin de cuentas uno nunca pudo llegar». Ese reencuentro decepcionante le demostró algo: que había nacido exiliada, ciudadana de un paraíso inexistente.

La primera fue regresar a España, a pesar de todo, a luchar en la Transición.

Junto a los que se incorporaron a la Transición, los menos, los hubo que no lograron superar esa decepción. A éstos sólo les quedó volver a su exilio, donde el objeto de su nostalgia y añoranza no era sólo España, sino los ideales de juventud y los recuerdos de esos años, más valorados conforme se acercaba la vejez. Volver a su exilio era convertirlo en permanente, en una postura vital. Independientemente de la existencia física o jurídica del exilio, ese exiliado se sintió como tal. Se situó, entonces por decisión propia, fuera. Fuera de una España que no era la que soñó, fuera de un país de acogida en el que los recuerdos le impedían integrarse plenamente. Encerrados en ese exilio vital llegaron a pensar que eran hijos de la España exiliada, una España alternativa, desterrada continuamente a lo largo de su historia; un paraíso perdido. Esta fue la opción más romántica, la que prefirieron los escritores refugiados, sobre todo los jóvenes poetas de la segunda generación del exilio.

Pero les quedaba otra alternativa, podían, y es ahí donde está la gran aportación del exilio mexicano, realizar plenamente la idea de la doble patria que José Gaos intuye en su concepto de Transtierro. Perdido el sentido político de su destierro los exiliados se esforzaron en dar otro sentido a su situación, otra utilidad a sus vidas. Estos se convirtieron, por decisión propia, en los primeros ciudadanos del mundo hispanoamericano. Los protagonistas de un nuevo mestizaje cultural y biológico, a través del cual se podría hacer realidad el reencuentro de España y América. Lo consiguieron. El principal problema es que, esa España que corrió un tupido velo sobre los dos bandos de la guerra civil para hacer una transición pacífica, sacrificó al olvido el esfuerzo de estos hombres para cambiar la imagen de España en México y para crear un nuevo concepto de hispanidad, aceptable para América y para España.